

su entretenimiento una cantidad enorme, y que decidido Maximiliano á correr su suerte, las tuvo que disolver y enviar á su país; y ántes de quince dias de haber salido los franceses, apareció como por obra de encanto un ejército imperialista mexicano, que se batió desesperadamente en Querétaro, en Puebla y en México, y cuyos jefes supieron perder y morir con un valor admirable, al lado del que habian adoptado por jefe y por caudillo. Este fué otro ejemplo, otro desengaño y otra contestacion á las calumnias europeas; de modo que despues de este ensayo, que pudo con mejor éxito intentar Maximiliano, supuesto que se trataba de soldados de su propio país, se deduce que con todas las nulidades, inconvenientes y desórdenes que se puedan suponer en el ejército mexicano, es mas barato, mas útil y mas á propósito para la campaña en el país, que cualquier ejército extranjero. Esta es una leccion importante que es necesario no olvidar, y que no olvidó el Gobierno de Paso del Norte, rehusando siempre el apoyo armado de aventureros.

Hay algunas cuentas y artículos en esta Memoria que parecen frívolos é insignificantes, y sin embargo son de una gran importancia considerados en conjunto.

Se gastaba en viajes, en tertulias, en arcos de triunfo, en obras, en muebles, en gastos secretos, en dádivas, en cruces, en diplomáticos, en uniformes, en mil otras fruslerías, y bien que cada uno de estos gastos fuese en sí insignificante, todos ellos formaban una suma respetable, y en conjunto daban la mas cabal idea del desorden administrativo, del favoritismo y de la falta completa de método en la distribucion de los caudales, y criticándose incesantemente y llamándose á los liberales dilapidadores y bandidos, se hacían peores cosas que las que se habian ejecutado en los tiempos anteriores. Si ese dinero salía de los préstamos extranjeros, no era cuerdo ni justo gravar á las generaciones venideras, desperdiciando los fondos en gastos inútiles; y si se tomaba de las rentas ordinarias, no era tampoco una base ni de economía, ni de sólida existencia futura, el invertir las contribuciones en perpetuos saraos y en multiplicadas gracias, que se repartian entre unos cuantos favorecidos.

A propósito, el cuadro de las operaciones relativas á la deuda interior, presenta un ejemplo palpable. Con excepcion de los abonos hechos para rescatar los edificios de la Aduana y Hospital de Terceros, y para satisfacer los créditos de Laguna Seca y alguna sentencia de la Corte de Justicia, los demas pagos son, ó de créditos dudosos, ó de los muchos que circulan en la plaza, y desde luego se conoce que la adulacion, el favor ó la especulacion determinaban estas concesiones; y es menester observar, que respecto de los conocimientos de Laguna Seca, se exigió á la casa de Barron una crecida refaccion, mientras los otros papeles, sin carácter alguno

preferente, se pagaron con los mejores fondos y con una sorprendente puntualidad. La deuda interior no se arregló; los títulos todos ya liquidados y consolidados anteriormente bajaron de precio; y Jecker, Faccini y otros pocos mas, fueron los únicos salvados del naufragio con que anegó la administracion del Imperio á la deuda interior. He dejado de intento para lo último, los dos puntos mas importantes. Los préstamos de Paris y las reclamaciones francesas.

Los préstamos de Paris pueden definirse así. Al negociar los títulos se perdía 40 por 100. En gastos y comisiones 10. En réditos corrientes y futuros 20. Del 30 restante, Napoleon tomaba con diversos pretestos 25 por 100; y el 5 que quedaba para Maximiliano, formaba el total nominal de 100, con que se pretendió gravar á México.

Ademas, se le hacia reconocer una deuda enorme por los gastos de la guerra. Juárez no provocó la guerra. Juárez, según los protocolos de la Soledad, conocidos en todo el mundo, estuvo siempre dispuesto á satisfacer todas las demandas legales; pero si Juárez pudo haber dado algun motivo ó pretesto á la Francia, Maximiliano no habia dado ninguno, era su candidato y su protegido, y completamente extraño á los acontecimientos anteriores. Cargar, pues, á su trono ó á la nacion que venia á gobernar, con una responsabilidad anterior, importaba un castigo, una injusticia, una hostilidad, y desde ese momento se creaba un obstáculo invencible para el futuro establecimiento de la hacienda. Sin embargo, el gobierno frances decia, y dice todavia, que lo protejió, y que la Francia prodigó sus tesoros y su sangre por la regeneracion de la raza latina, y por afirmar la nueva monarquía que intentó crear de este lado del Océano.

Esta es la verdad histórica de estas operaciones hacendarias, y las sábias doctrinas económicas desde Quesnay hasta Rossi y Garnier, fueron letra muerta para Mr. Fould y para el Ministerio frances que, tratando de dar lecciones de gobierno y de administracion á México, ejecutaba para la regeneracion y por amor á Maximiliano, las operaciones mas desastrosas de que hay memoria en los anales financieros del mundo.

En cuanto á las reclamaciones francesas, hemos visto comenzar el triunfo de la República en la Soledad, y lo veremos espléndido y completo al terminar los trabajos la comision mixta. Juárez y su gobierno proscritos, los archivos y los papeles todos en poder de los enemigos; y la Francia dominando y mandando con las bayonetas en la Capital. Las reclamaciones importaron mas de cincuenta millones. Saligny quedó atras y con la reputacion de modesto y de benévolo ante las cifras de los expedientes.

Estos expedientes uno á uno fueron sujetándose al exámen de la comision mixta, y se desecharon por los mismos franceses como *cuarenta millones*, sin contar la reclamacion de los bonos Jecker, que se hacia figurar como ne-

gocio separado. Fué en sustancia la Francia quien desechó esas reclamaciones: fué la que acabó de dar la victoria á la República: fué la que condenó la política de Thouvenel y de Saligny: fué, en fin, la que con este hecho negó los asesinatos, los robos, las expoliaciones diarias y atroces que se decia habíamos cometido aun en los momentos mismos de comenzarse las hostilidades. Si Juarez desde el Paso del Norte hubiese nombrado unos comisarios, no habrían cumplido tan perfectamente, y los que compusieron la comision mixta dieron un testimonio irrefragable de su conciencia y de su honradez, y prestaron un distinguido servicio á la Nacion de una gran importancia política. Esta es la verdad, y es menester decirla. El Gobierno frances no ha podido, no podrá nunca contradecir estas operaciones. No pudiendo hacerlo, la injusticia de su agresion es visible; jamas, ni en ningun tiempo, podrá pretender que se le pague ni un centavo por los gastos de esa guerra, y ántes México tendrá derecho á que se le reparen los infinitos perjuicios que ocasionó al Gobierno, y á los habitantes la invasion y la violenta ocupacion del territorio.

En todos y cada uno de los puntos que comprende esta Memoria, la victoria es completa; y este libro, por su condicion misma, tiene tanta importancia como aquel en que se consignaran los sacrificios, el valor y la abnegacion de los que pelearon en los campos de batalla. Es una cronología de las victorias morales, un registro y una contestacion al mismo tiempo á todos los cargos, á todas las calumnias; es una enseñanza para los mexicanos buenos y sensatos, cualquiera que haya sido su opinion y su participio en los negocios públicos.

Reasumamos. Si podemos soportar el enorme peso, tomemos por un momento una balanza en nuestra mano.

El peso del Imperio, que colocaremos en un platillo, era este:

Cuarenta y cinco mil hombres de tropas extranjeras disciplinadas y aguerridas.

Veinticinco mil hombres de tropas mexicanas sufridas y conocedoras del terreno.

Quince ó veinte barcos de guerra.

La influencia moral del clero.

El partido conservador.

Todos los recursos extraordinarios de Paris.

Todos los recursos ordinarios de las rentas de la República.

Los ricos, con pocas excepciones.

La idea nueva y novelesca de una monarquía.

El carácter bueno y caballeroso de Maximiliano, y esto era una gran cosa.

Por añadidura, y como si todo esto no fuera nada, no solo la espada de Breno, sino Napoleon mismo con todo y su espada dentro de la balanza.

Del otro lado Zaragoza muerto, y la heróica Puebla destruida.

Juarez, Lerdo, Iglesias y unos cuantos mas, huyendo por los desiertos.

Cuatro ó seis partidas de guerrilleros con malos mosquetes, sin jefe, sin orden y sin plan.

Porfirio Diaz en una prision.

Vicente Riva Palacio con un cajon de papel sellado por todas armas, por todo capital, hundido en las montañas del Sur.

Corona desconocido.

Escobedo con el rango de un oficial secundario.

Arteaga y sus compañeros fusilados.

Velez retirado en su hogar doméstico.

El ejército de Uraga disperso.

Por todas partes hambre.

Para hacer pólvora el salitre de los cementerios.

Para contrariar la artillería francesa, palos y lanzas, como en el tiempo de la conquista.

Y sin embargo, al cabo de cierto tiempo la monarquía cayó, y el gobierno emigrado y fugitivo volvió á ocupar el Palacio de México.

Es el acontecimiento mas raro y mas singular de los que pueda registrar la historia. No hay necesidad de mas comentarios, ni de los triviales elogios que se tributan por adulacion ó por interes. Basta el hecho y el triunfo de la justicia, para dar á estas cosas un carácter sério y solemne, que pierde mucho de su importancia cuando se añade una palabra mas.

Desviado un momento del objeto principal de este resumen, añadiré algunos renglones para concluir.

Al fin de esta Memoria se encuentran dos documentos, sobre los cuales es necesario fijar la atencion. El primero es el resumen de la deuda de México, tal como habria quedado si el Imperio hubiese subsistido; y el segundo, el Balance neto de los productos que en pesos efectivos ingresaron en las cajas, en todo el período de la intervencion.

Respecto del primer documento, las reflexiones que ocurren con solo su lectura son muy óbvias. En cincuenta años de guerras civiles, y habiendo tenido México que sostener cinco guerras extranjeras, la deuda no pasó de 184 millones de pesos, incluyéndose toda la enorme cantidad de bonos Peza y Zuloaga, que no están reconocidos, y que en cualquier tiempo se podrian recojer á 2 ó 3 por 100. En solo dos años del Imperio, es decir, en 1864 y 1865, subió á mas de 350 millones. Esto no necesita comentarios, y cualquiera que sea la opinion de los mexicanos en las contiendas civiles, tienen que convenir en que una deuda tal no era posible

que la soportase el país; y que consumidos los préstamos al mismo tiempo de haberse contraído, sin haber dejado por todo recuerdo mas que el monumento de Morelos (pagado en parte), y las reparaciones no concluidas de los palacios, no era una operacion que pudiera merecer la sancion de ningun hombre reflexivo y honrado, por mucho que fuese su entusiasmo por la monarquía, y su amor por Maximiliano.

No fué menester que pasase mucho tiempo para que el mismo príncipe, protegido por la Francia, tocase el mas amargo desengaño. Como los préstamos se habian hecho en 1864 y 1865, y se trataba de algunos millones de pesos, en 1866 creyó Maximiliano que contaba con mucho dinero en Paris, y que con él podria conjurar la tormenta deshecha que ya veía venir sobre su cabeza. Preguntó á las oficinas el estado del negocio, pidió las cuentas y las liquidaciones, y con asombro suyo nadie le dió razon, porque, como se ha dicho, no se llevó cuenta alguna, y las letras sobre Paris las giraba el ministerio apremiado por los franceses, que sin mas cuenta, ni comprobantes, ni liquidaciones, y con el simple recibo de un pagador, exijia gruesas sumas por adelantos hechos á fuerzas mexicanas. D. José María Lacunza fué al fin el que con su gran talento hizo creer al público que habia todavia bastantes recursos, pero que describió al príncipe el verdadero y espantoso estado de este negocio. En 1866 no habia un peso, y las letras que se giraron no fueron pagadas.

Como si la vara fúnebre de un mágico hubiese tocado á la corte, todo fué sombras y tristeza. Los muchos operarios que trabajaban en México y Chapultepec fueron despedidos; la espléndida y aromática cocina se apagó; los saraos cesaron, y los balcones del Palacio quedaron oscuros y silenciosos. El Emperador despechado se fué á las profundidades de Chapultepec, pensando que Napoleon lo habia engañado y lo habia precipitado en un abismo, y vendiéndose su protector, en la realidad era mas enemigo de él que de Juarez mismo.

El tratado de Miramar no pudo cumplirse tampoco desde el mismo momento que se acabó el dinero de los préstamos. Las exigencias de Danó urjieron al Imperio de la misma manera atroz con que Saligny habia urjido á la República, y por final resultado, los franceses se apoderaron con las bayonetas de la Aduana de Veracruz, echaron á los empleados mexicanos, y se apropiaron el 50 por 100 de las rentas. El otro 50 quedaba destinado para las fatales convenciones; así al funesto fin del reinado de Maximiliano la situacion financiera era peor por la obra de la Francia, que la que guardaba la administracion del Sr. Juarez al suspenderse los pagos en 1861. La intervencion, los préstamos, las vidas de los soldados, el incendio de nuestras ciudades y los suplicios de las cortes marciales, no vinieron á dar al cabo de seis años, sino una posición idéntica á la misma

que sirvió de pretesto para la invasion. Esto es lo mas singular que ha ocurrido tambien en la historia, pero esto se explica fácilmente. Mientras los extranjeros con un motivo ó con otro, por plausibles y justos que sean, se apropien el 80, el 90 ó el 100 de los productos marítimos, que es en la realidad la única renta de importancia con que se hacen los gastos, la existencia de todo gobierno se hace imposible.

Suponiendo por un momento que los republicanos hubiesen dejado quieto al Imperio, y que los Estados-Unidos hubiesen continuado en la guerra civil, el Imperio habria caído á los pocos meses, de la misma ó peor manera.

Maximiliano habria tenido que declarar la guerra á los franceses, ó dejarles en posesion de las rentas de las Aduanas. Suspendido el pago de las deudas extranjeras, los Ministros se habrian retirado, y el emperador se habria encontrado, si la muerte no lo hubiese á tiempo venido á salvar, en la misma posición que se encontró el Presidente de la República en 1863.

El clero lo abandonó desde el momento en que tuvo que seguir las huellas de la República, adoptando las leyes de Reforma.

Los ricos se acercaron á él en los dias del Tabor, cuando habia chambelانات, cruces y escudos en las portezuelas de sus carruajes. Ni uno solo le abrió sus cajas en los dias de pobreza: ni uno solo lo acompañó en los dias de duelo.

Los agiotistas y especuladores que revisten sus negocios hasta con formas místicas y sagradas, no se rodearon al trono sino para sacar algunas letras contra Paris, y algunas órdenes de pago contra la Aduana.

Los Ministros extranjeros que atravesaron las ondas amargas del Océano para saludar y adorar á este nuevo sol que se levantaba en América, le voltearon oportunamente las espaldas, y solo estuvieron vigilantes al reparto de los dineros de las rentas. Ningun apoyo, ni siquiera el de unas prudentes esperas que concede cualquier miserable acreedor, otorgaron al nuevo Imperio, que tanto, decian, prometia para el comercio de Europa. Subvenciones, pagos, convenciones, exenciones de derechos para muebles y vinos que se vendian públicamente á los pocos dias, para todo eso sí, amigos y aliados; pero el dia que hubiese faltado una sola de esas regalías, habrian sido tan enemigos como lo fueron del bandido Juarez, á quien han pintado en Inglaterra y Francia con los mas negros y detestables caracteres.

¡Qué leccion histórica tan severa! ¡Qué enseñanza tan útil para el porvenir! Pero todo pasó como debió de pasar. A poco que se reflexione, nos convenceremos que los fenómenos morales, como los fenómenos del orden físico, tienen una impasible regularidad, que á veces no comprendemos. Maximiliano, hundido desde el principio en un abismo por la

Francia, abandonado despues y perseguido por ella, sin poder, por ninguna transaccion, salir de la vorágine de la guerra donde vino á meterse, no le quedaba mas que morir valiente y heroicamente, para no desmentir las tradiciones de su casa, ni el origen de los príncipes guerreros de su sangre.

En cuanto á la República, todo pasó tambien como debía de pasar. De la posicion de 1861 no se podia salir sino por una guerra en que todas las probabilidades y todos los riesgos eran de parte del Gobierno mexicano.

Apareció Riva Palacio en el Sur; Escobedo en Tamaulipas; los hermanos Díaz en Oaxaca; García en la Costa; Corona, Rosales y Martínez en Occidente; y éstos, que eran los elementos materiales de resistencia, estaban conducidos por una especie de alambre eléctrico, que tenia el entemoral que se llamaba Gobierno republicano, representado en un antagonista de Napoleon, en Juarez, y en un Ministro que se llamaba Lerdo.

Esto era lo bastante. La poesía admite esas metáforas de que las naciones se levanten como un solo hombre y aniquilen á los enemigos. La filosofía vé estas cosas de otra manera.

¿De qué hubiera servido el levantamiento de esa nacion sin armas, sin organizacion, sin poder formar regimientos, sin poder mantenerse, porque para mantener una nacion armada es necesario que otra nacion mas numerosa la mantenga? Por eso no hemos visto en la historia levantarse á nacion alguna tomando las palabras en el sentido recto.

Dos Juarez, dos Lerdos, dos Porfirios, dos Riva Palacio hubiesen sido un inconveniente, y ya se palpó el de Ortega.

Un ejército de doscientos mil hombres habria comenzado por devorar al país, y concluido por devorarse á sí mismo. Las cosas, pues, pasaron ni una línea de mas, ni una línea de menos de como debieron pasar, y con la misma regularidad con que los astros se mueven al derredor del sol. Los hombres somos instrumentos guiados por un poder invisible y desconocido, y á poco que cada uno examine su propia historia, verá que ha sido instrumento involuntario y casual de una multitud de acontecimientos grandes y pequeños. Si se examina bajo este punto de vista la historia del mundo todo, se encontrará confirmada esta teoría con una precision matemática. No es invención mía: es la escuela de Buckle, y me ha parecido de una asombrosa exactitud.

La República, que, como hemos dicho ántes, temblaba con un viejo buque de guerra que aparecia en Veracruz, no tenia la conciencia de su fuerza, y esta es una gran cosa que es preciso hacer conocer y meter en el cerebro de todos.

Las tempestades del invierno en las costas, el vómito, la fiebre, los mosquitos, las tierras calientes, la extension y lo despoblado del país, son otros

tantos y terribles auxiliares, como ha dicho bien y poéticamente Víctor Hugo.

En esta nacion, por sus tradiciones, por su raza y por lo que acaba de pasar, digan lo que quieran en Europa nuestros enemigos, siempre ha de haber tres ó cuatro corazones fuertes el dia del peligro. A estos hombres, ya sean conocidos, ó ya se levanten repentinamente de ese fondo oscuro y misterioso de donde brota todo lo grande y lo maravilloso, se reunirán otros cuantos de esos campesinos indomables en quienes se cebaron las cortes marciales y las balas de los franceses, y esto será lo bastante.

¿Quién conocia en Europa á Lerdo, cuando era simplemente el estudioso rector de un colegio? ¿Dónde estaba el nombre de Díaz y de tantos otros, sino confundidos entre esa multitud de gente á quien Barrés llamaba carne de cañon?

De 1857 á 1867 ha habido una rápida sucesion de cosas, de acontecimientos, de hombres nuevos, verdaderamente sorprendente, y los que pudimos figurar de alguna manera en la buena y honrada administracion de Arista, tenemos ya, como quien dice, las cabezas blancas, los miembros entorpecidos, el entendimiento embotado, como si hubiéramos vivido de entónces acá doscientos años. Lo que ha sucedido en diez años volverá á suceder, y los fenómenos morales que observamos en este último período, volverán á repetirse con toda exactitud cuando sea necesario.

Supongamos varios casos. Un bloqueo. Si es de uno ó de dos puertos, será nulo, pues por muchos otros entrarán las mercancías. Si es un bloqueo general, la Europa y los Estados-Unidos sufrirán mas que nosotros. El comercio es de ellos: los 25 millones de plata anuales que van de México siempre tienen algun peso en los negocios. Ellos serán los bloqueados, no nosotros. Con decomisar en el interior las mercancías, ó volverles á cobrar los derechos, oponemos una fuerza mayor á la temible fuerza de su marina.

Se trata de una invasion. Se necesitan 100 mil hombres para ocupar á México. Una expedicion así, con todo su material, cuesta cien millones de pesos cada año. En cuatro años el erario de la nacion mas rica de Europa, con este gasto estará en un completo desequilibrio.

Una conquista. ¿Con qué fin y con que objeto mercantil? La Inglaterra tiene la India. La Francia la Argelia. Los Estados-Unidos necesitan todavía cien años y 40 ó 50 millones mas de gente para poblar el territorio desierto que poseen. ¿Estarian conformes todas las naciones con esa conquista? ¿Quedaríamos nosotros con los brazos cruzados? Con cuatro guerrillas bastaba para hacer expedicionar constantemente á 20,000 hombres, y hacerlos gastar enormes cantidades de dinero. Cuando los con-